

UCLA

Mester

Title

Masculinidad, antisemitismo y nación en María de Jorge Isaacs

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/9wx9s56t>

Journal

Mester, 47(1)

Author

Díaz, Eduardo

Publication Date

2018

DOI

10.5070/M3471038044

Copyright Information

Copyright 2018 by the author(s). All rights reserved unless otherwise indicated. Contact the author(s) for any necessary permissions. Learn more at <https://escholarship.org/terms>

Peer reviewed

Masculinidad, antisemitismo y nación en *María* de Jorge Isaacs

Eduardo Díaz

University of California, Los Angeles

En el siglo XIX, los nuevos países independizados de Latinoamérica estaban en el proceso de definirse como naciones. A consecuencia de esto, los nuevos países buscaban crear una identidad nacional óptima que representaría el carácter nacional de cada región. En países como Colombia, este proceso requirió que se definiera qué clase de sujeto nacional era aceptable, incluso qué clase de masculinidad y, por extensión, feminidad, eran correctas para el país naciente. A raíz de la independencia, los nuevos países buscaban crear un ideal nuevo del “hombre perfecto” para la sociedad, basado sobre todo en modelos cristianos y capitalistas. Usando la novela *María* de Jorge Isaacs, busco analizar cómo las masculinidades se representan a través del personaje principal de Efraín, con el propósito de ver en qué aspectos la masculinidad colombiana decimonónica se moldea a las ideas de masculinidad establecidas por las corrientes dominantes del siglo XIX. Para esto, analizaré dos aspectos de la novela: primero, el componente cristiano, representado a través de la relación entre Efraín y María, y el fracaso de la familia, que funciona como alegoría para referirse al cristianismo; y, segundo, la escena de la caza del tigre, que sirve como ejemplo claro de la construcción del hombre viril por la dicotomía entre Efraín y Braulio. Para entender el arquetipo del macho viril moderno, es necesario entender el proceso de la construcción de las masculinidades que, a su vez, refleja la construcción de las nuevas nacionalidades latinoamericanas que empezaron a tomar forma durante el siglo XIX.

LOS ORÍGENES DE JORGE ISAACS Y MARÍA

Para entender bien la novela de Isaacs, es importante tomar en cuenta la vida del mismo autor. Isaacs nació en Cali, Colombia en 1837. Hijo de George Henry Isaacs, un jamaquino de origen judío, y Manuela

Ferrer Scarpetta, hija de un soldado de origen catalán, Isaacs nació en el seno de una familia acomodada. En 1840, su padre compró dos grandes azucareras e incrementó la fortuna de la familia. Sin embargo, Donald McGrady revela que al padre de Isaacs le gustaba apostar, lo cual puede explicar el deterioro de la fortuna familiar (14-15). En 1854, su padre compró el rancho “El Paraíso,” localizado cerca de la sierra en las afueras de Cali. Aunque vendió la propiedad cuatro años después, este rancho se convirtió en el escenario principal de *María*. Isaacs estudiaba en Bogotá pero nunca terminó sus estudios, aunque se suponía que iba a estudiar en Londres después de terminar sus estudios en Colombia.

Es evidente que *María* tiene muchos aspectos autobiográficos de la vida del autor. Isaacs publicó *María* en 1867 y en diciembre del mismo año, se convirtió en el director de *La República*, un periódico conservador.¹ En 1870, parece que Isaacs cambió de orientación política, uniéndose a los Masones Libres.² En 1881, publicó *Saulo* y seis años después, un estudio sobre la población indígena de Magdalena. En 1893, trabajó en una trilogía de novelas históricas. Murió dos años después, en 1895, en Ibagué. Estos datos biográficos de Isaacs son importantes para ver los paralelos entre el personaje de Efraín y el propio autor.

La acción de la novela transcurre en Colombia, en el valle de Cauca, lejos de la ciudad, en un periodo de aproximadamente seis meses. Se centra en la relación y el cortejo entre Efraín, uno de los hijos de Don Jorge, y su prima, María. Es importante notar que María y Don Jorge son judíos de nacimiento que se han convertido al catolicismo. La novela nos hace creer que Efraín se enamoró de María desde el momento en que ella llegó a vivir con la familia. Efraín regresa a su casa familiar después de pasar seis años estudiando en Bogotá y poco después resume su amor apasionado por María. María y Efraín empiezan a cortejar pero María sufre un episodio enfermizo que pone su vida en riesgo. Al mismo tiempo, la familia se da cuenta del amor entre ellos y aceptan que Efraín se case con María con la condición de que vaya primero a Londres para terminar sus estudios, aunque es evidente que los padres no están completamente de acuerdo con que contraigan nupcias. Nunca se explica explícitamente por qué los padres de Efraín se oponen al matrimonio, pero es obvio que existe un miedo a la unión entre los jóvenes. Sin embargo, Don Jorge señala que existe un motivo “quizás insuperable” ya que “María puede

arrastrarte y arrastrarnos contigo a una desgracia lamentable” (88). A pesar de esto, Efraín le confiesa abiertamente su amor por María, desobedeciendo las órdenes de su padre. María, por su parte, oscila entre la felicidad y la tristeza porque Efraín todavía se va a ir para estudiar en Londres. Efraín al final se va a Inglaterra pero regresa poco después de irse porque María se enferma otra vez. No obstante, no consigue llegar a tiempo para rescatar la vida de María, quien termina por fallecer al mismo tiempo que la familia sufre una ruina financiera, quedando destronados como los principales hacendados del valle.

Como novela nacional, *María* acompaña el proyecto político de Colombia, que tiene como modelo las democracias modernas de Estados Unidos y Francia, aunque no cuenta con un conflicto narrativo excepcional. El conflicto principal de la novela es la enfermedad de María y el hecho de que Efraín y María no pueden consumir su relación. No sigue el modelo del hombre fuerte y de acción que suele caracterizar a la literatura latinoamericana fundacional decimonónica como, por ejemplo, la novela chilena *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, en la que el protagonista toma acción en el ámbito social y bélico. La investigadora Beatriz González Stephan demuestra que para los estados latinoamericanos nacientes era importante establecer una literatura que tuviera como protagonista un héroe nacional viril:

La épica vino a ser la modalidad narrativa más adecuada para contrarrestar la avalancha de géneros «blandos» (líricos y novelescos) que «afeminaban» las costumbres y, sobre todo, desdibujaban *la estabilidad de los géneros*. La literatura en «serio» debía seguir siendo pedagógica, en el sentido patricio, en el sentido de formar «bravos» ciudadanos, y, con ello, regular adecuadamente la distribución de las sensibilidades duras y fuertes para el espacio público, y las blandas y débiles para el espacio doméstico. (39; énfasis suyo)

En este sentido, *María* no se conforma a las tendencias literarias del siglo XIX en América Latina por la falta de acción y porque Efraín, como personaje principal masculino, en varios instantes se deja ir por sus emociones. Además, Efraín pasa el tiempo leyendo poesía romántica de François-René de Chateaubriand (78), lo cual lo posiciona dentro de las masculinidades sentimentales y “afeminadas” que

iban en contra de las masculinidades bravas y fuertes que los países nacientes querían crear.

En *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*, Doris Sommer destaca el hecho de que en realidad no hay sospecha de la falta de aceptación por parte de los padres del matrimonio entre María y Efraín, demostrando la razón por la que *María* es peculiar como novela nacional: “It has no apparent political or social causality, no racial hatred, no regional conflicts” (174). De esta manera, la novela se destaca de las otras novelas latinoamericanas decimonónicas. En efecto, Efraín y María son de la misma clase social y lo único que los separa son los compromisos adquiridos por Efraín como condición para poder casarse con María, lo que no supone un impedimento sino un aplazamiento que se realizaría cuando regrese Efraín de Londres. La familia en sí no se opone al matrimonio entre los dos aunque no están completamente de acuerdo con el matrimonio por la desgracia que les causaría. Tampoco hay conflicto racial ya que Isaacs retrata un mundo pintoresco en el cual todas las diferentes razas que viven en las proximidades de la hacienda de Don Jorge conviven en armonía. Por eso, no parece haber un proyecto nacional en las entrañas de la novela.

Sin embargo, en “María’s Disease: A National Novel (Con)founded,” Sommer señala que el conflicto aparece a raíz del judaísmo de María y su muerte. Según Sommer, la muerte de María como judía sirve como representación de la esterilidad de la vieja aristocracia y su imposibilidad de procrear bajo el nuevo proyecto nacional. Sin embargo, lo que falta a la interpretación de Sommer es el proyecto mayor no referido: el judaísmo de María y el fracaso financiero de la familia de Efraín sirven como herramienta para establecer el cristianismo como modelo religioso, ligado, por supuesto, al proyecto nacional de la nueva nación colombiana.

EL ROL DE LA RELIGIÓN Y EL MATRIMONIO EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA MASCULINIDAD

En la novela de Isaacs, el tema del cristianismo funciona como elemento fundamental del sujeto nacional, incluso en el sentido de la identidad genérica y la cuestión de la masculinidad ideal para la nación. Un componente muy importante de *María* es la condición de María como judía y la “mancha” que representa su origen étnico y religioso. Es importante notar que el propio Isaacs también era de

origen judío, lo que no significa necesariamente que el autor colombiano fuera defensor de las religiones semitas. Sommer señala que, durante la década de 1860, Isaacs se convirtió en un conservador católico en su afán por mantener el antiguo privilegio familiar. En 1866, Isaacs llegó a ser representante del partido conservador del valle de Cauca en el congreso nacional, señalando su afinidad política (McGrady 17). En palabras de Sommer, “After coming home to find his father’s health and fortune waning, Isaacs joined the fight to protect his family’s privilege” (178), aclarando que Isaacs ya tenía tendencias reaccionarias en ese entonces. No fue hasta 1868, un año después de la publicación de *María*, que el autor rompió con el conservadurismo católico para convertirse en un masón libre. A pesar de la conversión política del autor, propongo leer la novela como una extensión del modelo conversador del siglo XIX que proponía el cristianismo como base fundamental de la nación. La dicotomía entre el cristianismo y el judaísmo, entonces, establece un tropo de la masculinidad basado en el pensamiento político y religioso de la época.

El judaísmo, tal y como aparece retratado en *María*, representa una influencia de la que el hombre y la nación se deben de alejar. A primera vista, la relación entre María y Efraín tiene todos los ingredientes para funcionar bien: María es una dama virtuosa y templada en sus emociones, una caracterización que no coincide con los movimientos feministas del siglo XIX en los cuales las mujeres aristócratas y de la clase media llegaron a cuestionar los privilegios de los hombres aristócratas (Connell 232). Además, María no exhibe agencia más allá del ámbito doméstico. Su única falta es que es enfermiza, pero enfermiza a raíz de su judaísmo. Isaacs es ambiguo al señalar si la enfermedad de María viene a raíz del estado emocional de María o si viene la enfermedad por herencia. Sin embargo, cuando cae enferma por primera vez, Efraín exclama, “¡Pobre niña! Es exactamente el mismo mal que padeció su madre” (80), aludiendo a la muerte de la madre de María por causa de una epilepsia incurable.

Aunque el comentario de Efraín implica un defecto heredado, es importante diferenciar entre la religión y la raza con respecto a la cuestión judía, tomando en cuenta que el judaísmo no se conforma al pensamiento cristiano de la religión según el cual cualquier persona puede convertirse en cristiano. Por una parte, el judaísmo se caracteriza más bien como una etno-religión, es decir, uno puede ser étnicamente judío y pertenecer a otra religión. Por otro lado, la

transmisión matrilineal del judaísmo en la tradición judía plantea que el judaísmo se traspassa a través de los vínculos maternos: no importa la religión, si una madre judía da luz, sus hijos pasan a ser también étnicamente judíos. De esta manera, si vemos la enfermedad de María como algo heredado, específicamente de su madre, podemos ver cómo el pensamiento de la época estaba ampliamente influido por las ideas del darwinismo social, que buscaban corroborar que la cultura europea occidental era superior a las otras culturas del mundo por ser más “evolucionada.” Durante el siglo XIX, surgieron ideas racistas derivadas de este pensamiento que asociaban ciertas enfermedades con específicos grupos étnicos.

La novela alude que la enfermedad de María es la misma que sufrió su madre, lo que nos hace saber que Isaacs era consciente de las enfermedades hereditarias, en este caso, una enfermedad heredada de la madre judía que nunca se convirtió al catolicismo y que estaba en contra del cristianismo porque hizo que Salomón, el padre de María, prometiera que no iba a bautizar a su hija. La novela no dice exactamente porque Sara, la madre de María, estaba en contra del bautizo de su hija a la fe católica. Sin embargo, Efraín señala que Salomón se hizo aficionado de la religión católica pero, a diferencia de la situación de Don Jorge, en la que el catolicismo le dio a la esposa lo que deseaba, “a él le impediría ser aceptado por la mujer a quien amaba en Jamaica” (65). Esto señala que Sara no quería convertirse al catolicismo y que quería que su hija creciera dentro de la fe judía. En este sentido, María fue convertida al catolicismo contra los deseos de su madre (por eso, Salomón le pide a Don Jorge que lo mantenga en secreto a la familia judía) (66). La manera en la que Salomón encubre el bautizo, que efectivamente contradecía los valores establecidos por su difunta esposa, hace posible que se pueda interpretar la enfermedad de María como una maldición, ya que Salomón no cumplió su promesa (sobre esta idea regresaré más adelante).

Ahora bien, es importante destacar las particularidades del judaísmo ya que el mismo judaísmo hace diferencia entre la religión y la etnia. La idea de la diferencia entre religión y raza estaba fuertemente enraizada en el pensamiento decimonónico, como señalan los estudios poscoloniales, en deuda, por supuesto, con las aportaciones de críticos como Edward Said. Gustavo Faverón Patriau, por ejemplo, destaca el rol de la exotización en *María* y su relación con la religión: “Frente la imagen del converso atávico—el padre de Efraín—está la

figura de María, en quien lo judío y lo cristiano resultan cercanos y exóticos a la vez, en una tensión que se corresponde con la idea decimonónica de que ni el bautismo ni ningún proceso de conversión podría alterar por completo una mentalidad judía, genéticamente conformada y básicamente hereditaria” (346). María, de acuerdo con el pensamiento decimonónico, aunque es conversa, sigue “afectada” por su condición judía, es decir, sigue siendo étnicamente judía a pesar de que religiosamente es cristiana. Aunque la novela aclara que María quizás no tiene la misma enfermedad que causó la muerte de su madre, el hecho de que todos suponen intuitivamente que María sufre de la misma condición es indicativo de una consciencia de la enfermedad como algo heredado de su madre.

En la novela, se entiende que la familia está preocupada por la unión entre María y Efraín porque los puede arrastrar a la desgracia (88). Además, vemos que esta “desgracia” está conectada con la enfermedad de María cuando Don Jorge dice: “El doctor Mayn se atreve casi a asegurar que ella morirá joven del mismo mal a que sucumbió su madre” (88). Don Jorge procede a enfatizar la opinión del doctor Mayn como un factor decisivo en el eventual matrimonio entre Efraín y María. Esto nos indica que la familia conoce las tendencias contemporáneas de la medicina y las implicaciones que una enfermedad hereditaria, como la que parece sufrir María, tendría para la familia. Al igual que los prejuicios hacia los conversos judíos, la enfermedad hereditaria de María representa una deshonra para la familia que irónicamente viene de la misma raíz de la vergüenza que acarrea ser de orígenes judíos. Quizás sea por el impacto del darwinismo social durante el siglo XIX que vemos otro resurgimiento de la idea medieval de pureza de sangre: un converso, aunque sea religiosamente cristiano, sigue siendo judío y para conformarse a la sociedad es mejor casarse fuera de la fe porque así diluiría el componente genético. En este sentido, un casamiento entre María y Efraín representaría un fortalecimiento del componente genético judío.

Isaacs enfatiza la distinción entre raza y religión cuando destaca “[el] paso ligero y digno” de María que “revelaba todo el orgullo, no abatido, de nuestra raza, y el seductivo recato de la virgen cristiana” (59). Aquí, Isaacs describe el carácter racial de María como diferente a los demás, lo cual ya sabemos es una referencia a su marca como judía. También es importante notar, como hace Sommer, que ésta es la primera y única vez, según Efraín, que Efraín se posiciona como

miembro de la raza judía. Al mismo tiempo, la compara a la virgen cristiana que podría significar dos cosas: por un lado, los tropos de la virginidad y la modestia de la mujer cristiana y, por otro, la misma figura de la Virgen María, quien también era judía y se transformó en una de las figuras cristianas más importantes. En las otras instancias en las que se hace referencia al judaísmo de María y Don Jorge, Efraín se refiere a la religión como si fuera propia de los dos personajes a través del uso del pronombre posesivo “su.” Por ejemplo, refiriéndose a su padre, Efraín comenta: “A mi padre lo impresionaron los aullidos: era hombre que creía en cierta clase de pronósticos y agüeros, preocupaciones de su raza, de las cuales no había podido prescindir por completo” (127). Aquí Efraín destaca la “raza” de su padre para señalar la cualidad supersticiosa que presenta Don Jorge que, según él, viene por ser judío. Además, Efraín explica que lo supersticioso es algo que Don Jorge no ha podido superar, lo que supone que Efraín piensa que las ideas supersticiosas están atadas a un concepto étnico. En efecto, la relación entre lo étnico y cualidades ideológicas viene del pensamiento decimonónico que buscaba modernizar los países latinoamericanos, alejándose de creencias tradicionales como la superstición. El romanticismo latinoamericano también unía la raza con las creencias que uno tenía, lo cual implica que Efraín ve lo supersticioso como cualidad racial, igual que las enfermedades de Sara y María.

En este contexto, Isaacs hace la distinción entre raza y religión para dejarle saber al lector que María tiene una cualidad que la hace incompatible para contraer matrimonio con Efraín y procrear en aras a los intereses nacionales ya que estas cualidades—raza y religión—forman la cúspide de la masculinidad viril. Álvaro Fernández Bravo, en su artículo “Masculinidades coleccionistas: políticas del cuerpo en la frontera,” señala que para la fundación de los nuevos países latinoamericanos era importante encontrar el sujeto apropiado para el desarrollo e incremento de la nación. Fernández Bravo afirma que para “fertilizar” la tierra, es decir, la nación, “los hombres blancos son quienes deben ejecutar la tarea de fertilizarla, incrementar su valor económico, «darle forma»” (69). La masculinidad viril se basa, entonces, en la habilidad de tener más hijos para la nación y, en el contexto de los nuevos países latinoamericanos del siglo XIX, hijos con cualidades europeas, es decir, blancas, que eran consideradas las más adecuadas para la nación. Como observan Judith L. Elkin y Gustavo

Faverón Patriau, en la segunda mitad del siglo XIX, el darwinismo social fue una de las razones por la que los países latinoamericanos favorecieron la inmigración europea para desarrollar el continente a la vez que excluían la inmigración judía por ser considerada inferior a la europea (27, 349). En el contexto de Brasil y Argentina, los países que analiza Fernández Bravo en su artículo, vemos dos posibles opciones para la procreación en las nuevas naciones latinoamericanas: por un lado, el mestizaje, como en el caso de Brasil, y, por otro, en el caso de Argentina, la pureza de sangre y la erradicación de la población indígena. Colombia, país que representa el escenario de *María*, se acerca más a la idea del mestizaje.

En la novela, la pareja que representa el mestizaje deseado para la nación es Braulio y Tránsito. Aunque la novela no señala concretamente la raza de estos dos personajes, se insinúa que Tránsito es mestiza o mulata. Efraín destaca la pobreza de la familia de Tránsito: “La pequeña vivienda denunciaba laboriosidad, economía y limpieza: todo era rústico [. . .]” (70). Además, menciona la vejez del padre de Tránsito, que es de otro país, y que la madre es antioqueña (71). Esto establece la ambigüedad racial de Tránsito, la cual se desarrolla más en la escena de la caminata con Efraín, José y Tránsito. Tránsito, quien anda a pie, dice: “Si en la Provincia solamente los blancos andan a caballo; ¿no es así, padre?” (168). José responde: “Sí; y los que no son blancos, cuando ya están viejos” (168). Es posible que José pueda andar a caballo no porque es viejo sino porque es blanco, lo cual implica que Tránsito es mestiza. Ahora bien, si vemos a Tránsito como modelo femenino ideal, Tránsito representa una mujer laboriosa y religiosa (71), mientras que María representa lo aristocrático (aunque también es religiosa). Efraín explica que en términos laborales “[los] quehaceres domésticos llamaban la atención a mis discípulas, y mi hermana tomaba siempre a su cargo ir a desempeñarlos para volver un rato después a reunírsenos” (77). De esta manera, es la hermana quien se empeña en hacer los quehaceres mientras que María pasa el tiempo con Efraín. Efraín también alude a las manos aristocráticas de María (77), lo que señala que María no hace quehaceres porque la aristocracia nunca solía ensuciarse las manos en tareas domésticas.

En este sentido, el fracaso de la familia viene a raíz de la aceptación del matrimonio entre María y Efraín, no sólo a causa de la enfermedad de María. Por ejemplo, el padre de Efraín se convierte al catolicismo para poder contraer matrimonio con la madre de

Efraín, hija de un capitán español monárquico, lo que significa que las fortunas de la familia se basaban, por lo menos al principio, en los privilegios garantizados por la familia cristiana de la madre. Por su parte, María fue acogida y bautizada por la familia de Efraín a instancias de Salomón, el padre de María, después de la muerte de su madre, Sara. Salomón justifica esta decisión invocando la salvación de su hija a pesar de los deseos de su difunta esposa: “Si el cristianismo da en las desgracias supremas el alivio que tú me has dado, tal vez haría desdicha a mi hija dejándola judía” (66). Aquí, alude al cristianismo como medio de prevenir la desgracia, mientras que el judaísmo de María se representa como precursor a la desgracia. Sommer postula que al romper la promesa que hizo Salomón a Sara, el ave negra que aterroriza a Efraín y María simboliza una maldición que les ha puesto Sara por tratar de hacer que María sea cristiana cuando étnicamente sigue siendo judía (191-192). Aunque Salomón alude al cristianismo como medio de prevenir la desgracia, el judaísmo se representa como precursor a la desgracia, quizás representado por el ave negra.

Como consecuencia, el momento en que la desgracia es inevitable para la familia de Efraín es cuando Efraín confiesa abiertamente su amor por María ya que su confesión implica que eventualmente se podrá consumir la relación. A pesar de esto, Don Jorge decide que “si su enfermedad persistiera después de tu regreso a este país. . . pues vamos pronto a separarnos por algunos años: como padre tuyo y de María, no sería de mi aprobación ese enlace” (89). Es posible que Don Jorge no consienta a la unión entre María y Efraín porque su matrimonio produciría una generación enfermiza que jamás podría mantener el estatus económico de la familia. También, el hecho de que Don Jorge refiere a María y Efraín como sus hijos implica una relación incestuosa. Con respecto a lo incestuoso, Sommer señala: “For most nineteenth-century readers Jews were ‘aristocrats’ only by analogy to the pathologies associated with endogamous, practically incestuous marriages that slowly deteriorated the stock” (191). Según Sommer, para el lector decimonónico, los judíos representaban “members of the most ancient aristocracy” (191). En este contexto, el judío simbolizaba la aristocracia y, por extensión, las prácticas de procreación incestuosas de la aristocracia. La unión entre María y Efraín efectivamente representaría esta clase de matrimonio.

Sin embargo, en la novela, solamente hay una pareja que consigue casarse y procrear para la nación: Braulio y Tránsito. Los dos

cristianos y mestizos, la unión entre Braulio y Tránsito no simboliza la endogamia. Lo que es más, al final de la novela, la ruina de la familia se completa: María fallece y el ave negra reaparece para postrarse en la cruz de hierro de María (329) como símbolo de la maldición de Sara y la maldición contra la unión de Efraín y María. Como consecuencia, Efraín pierde su poder de procrear, lo que constituye la base de su masculinidad, según Raewyn Connell (226). Además, Braulio se muestra partidario del mestizaje en su unión con Tránsito ya que los dos no son representantes de las prácticas incestuosas asociadas con la aristocracia judía en el siglo XIX. De esta manera, *María* se convierte en una alegoría de la masculinidad y el cristianismo como sujeto nacional porque relaciona el judaísmo a la endogamia mientras que el cristianismo se ve como mecanismo para mestizar la nación.

A LA AVENTURA: EXPLORADORES Y CAZADORES MASCULINOS

La construcción del hombre viril como ejemplo de la masculinidad ideal para la nación es una figura muy común del siglo XIX, siendo *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana un modelo ejemplar ya que Martín Rivas es un hombre capaz de enfrentarse a cualquier obstáculo ya sea en la guerra o el amor. Muchas veces la masculinidad ideal de la época se basa en el tropo del explorador. Esta imagen se ve con frecuencia en las literaturas nacionales decimonónicas, con el propósito de establecer el carácter arquetípico del “macho” como modelo para la nación. En *Masculinities*, Raewyn Connell sostiene que esta tendencia representaba un “culto autoconsciente del heroísmo masculino desarticulado” y da importancia a la naturaleza como herramienta para la construcción de la masculinidad: “La selva, la cacería y la habilidad para vivir en el bosque se unieron en una ideología concreta de virilidad” (235). La naturaleza y la caza forman gran parte de la construcción de las masculinidades en *María*. En la novela, los temas de la exploración y la aventura se presentan en el viaje que hace Efraín para regresar a casa y también en la caza del tigre. El trayecto que hace Efraín es importante por la naturaleza en la escena porque posiciona a Efraín en el modelo arquetípico del explorador masculino.

Es importante la descripción imponente que da Isaacs de la selva. Se describe el entorno ambiental de la novela como un “reino vegetal” en los capítulos LVII y LVIII: “[O]íase de tarde en tarde y a lo lejos el canto del pajuí, muy rara paraje de panchanas atravesaba a veces por encima de las montañas casi perpendiculares que encajonaban

la vega” (308). La descripción que da el narrador destaca la majestuosidad e inmensidad de la selva ya que el uso del verbo “imperar” implica que la vegetación cubre y controla todo. Isaacs nos hace ver el ámbito como salvaje y libre de personas, algo coherente con lo que postula Connell sobre el espacio masculino de la selva. Según Connell, estos espacios son tradicionalmente masculinos ya que aluden a una masculinidad desarticulada fundada en el arquetipo del conquistador español (239). En *Paisajes para el romanticismo hispanoamericano*, Teodosio Fernández comenta la relación entre Efraín y la naturaleza: “Ya el colombiano Jorge Isaacs había apuntado [. . .] cuando Efraín, tras viajar en barco desde Panamá hasta Buenaventura, ascendía el río Dagua en canoa y sentía por momentos la armonía de la naturaleza con el canto dolorido de las bogas, en un territorio que se hacía más y más intrincado” (110). En ciertos momentos, Efraín está en armonía con la naturaleza, lo que lo convierte en un gran símbolo de la masculinidad, ya que el protagonista cumple con las normas del explorador viril que estaban en boga en el siglo XIX gracias a potencias como Inglaterra, Estados Unidos y Europa Occidental, en general. Tomando en cuenta que Isaacs era hijo de un inglés judío, es más que probable que Isaacs tenía como influencia las normas de masculinidad establecidas durante el apogeo del imperio inglés en donde la exploración tomó gran importancia impulsada por los movimientos capitalistas que buscaban expandir el alcance económico de los imperios. Como resultado, el capitalismo, que requiere que los hombres provean por sí mismos, supone que un buen capitalista no depende de otros. Si Efraín tiene que depender de otros para llegar a su meta, pierde los atributos del capitalismo, un sistema que favorece a las personas autosuficientes y capaces de emprender una empresa, por no poder navegar un río cauteloso como el Dagua sin la ayuda de otros.

En este sentido, Efraín no es el ideal masculino porque en realidad no hace el trabajo del explorador: más bien, Efraín se convierte en espectador. El papel del espectador no es aceptable según las normas dominantes de la masculinidad decimonónica ya que connota pasividad, que se puede interpretar no sólo como feminidad, sino también como conectada a la aristocracia. En su artículo “El retorno de lo primitivo: Aventura y masculinidad,” Gabriela Nouzeilles señala que existen tres tipos de viajeros: primero, “los hombres y mujeres que, contando con los medios económicos necesarios, recorrían las ciudades de la costa [. . .] en cómodos barcos”; segundo, “los viajeros que

llegaban hasta las ciudades coloniales del interior, hombres y mujeres”; y, tercero, el viajero primitivo, es decir, el hombre que explora las tierras inhóspitas del mundo sin la ayuda de otros (88). En el contexto del viaje que emprende Efraín, el protagonista asume la posición del primer o el segundo viajero pero no el tercero, lo cual hace que sea un ejemplo indeseable de la masculinidad. Según Nouzeilles, la diferencia entre los dos primeros exploradores y el tercero se basa en la posible participación de las mujeres que representa una expedición solitaria del hombre. Al final, el tercer tipo de viajero es superior porque “en él se combinan el coraje del guerrero con el saber del geógrafo y el naturista” (89).

Efraín pierde su masculinidad por su incapacidad de participar activamente en el acto de explorar la selva. Al dejar que un hombre más capaz tome las riendas de la exploración, Efraín asume la posición del aristócrata ya que depende del trabajo de otros para llegar a su destino. El papel del espectador le posiciona a Efraín literalmente en un papel pasivo mientras que Laureán y Lorenzo, los hombres que conducen la canoa hacia la hacienda de Efraín, cumplen con un rol activo en la expedición. Además, el narrador describe a Efraín en esta escena como si simplemente estuviera admirando la naturaleza a su alrededor. Esto recuerda a las tendencias de los aristócratas europeos del siglo XIX que viajaban a las selvas menos exploradas en búsqueda de aventuras, pero con los recursos económicos para pagar a ayudantes y un equipo que manejarían los riesgos del viaje. La imagen del aristócrata se ve en la diferencia en cómo duermen los viajeros en la canoa: “Lorenzo después de haberme arreglado una especie de cama sobre tablas de guadua bajo aquella navegante gruta, estaba sentado a mis pies con la cabeza apoyada sobre las rodillas, y parecía dormir” (296). Efraín duerme en una cama mientras que Lorenzo duerme sentado, lo que hace evidente la dinámica de poder entre ellos: el amo aristocrático duerme con comodidad mientras que el ayudante tiene que dormir incómodamente. En efecto, la clase social es lo que los distancia y lo que dicta quien puede dormir con comodidad y quien no.

En este contexto, es importante señalar que Lorenzo es de origen africano y es posible que sea esclavo. Aunque la novela nunca define concretamente su posición social, sí destaca el carácter servicial de Lorenzo hacia Efraín que sugiere una diferencia socioeconómica entre los dos. Tanto Connell como Sommer destaca la hipermasculinización del hombre africano que “se ha presentado como una amenaza sexual

y social para las culturas blancas dominantes” (Connell 238). Connell afirma que la masculinidad africana representaba una amenaza para las sociedades decimonónicas ya que se temía que los hombres africanos tuvieran relaciones sexuales con las mujeres blancas, una preocupación social que provocó la creación de políticas racistas contra la población africana como la segregación social y la abolición tardía de la esclavitud. Sin embargo, en la novela no se destacan estas connotaciones racistas porque Isaacs, según Sommer, construye un ambiente idílico en el que todas las razas viven en armonía (174). De todos modos, Lorenzo y Laureán representan un comportamiento masculino activo porque no son simplemente hombres en situación de servidumbre sino hombres competentes. Son ellos quienes controlan la navegación del río Dagua sin la asistencia de otros, representando así el tercer modelo de explorador que establece Nouzeilles, que se caracteriza por su valentía de guerrero con saber geográfico y naturalista. Al mismo tiempo, Efraín toma la posición del primero o segundo explorador que representa un orden económico con semejanzas a la aristocracia. Efraín, incapaz de navegar el río, está indiscutiblemente en la posición de autoridad en esta relación, lo cual lo acerca a la aristocracia ya que cumple con el rol del amo. En este caso, son los hombres que hacen el trabajo de la exploración quienes representan una masculinidad activa y viril mientras que Efraín recrea una masculinidad pasiva y afeminada que representa el orden aristocrático, tomando en cuenta que la masculinidad activa se caracteriza por la autosuficiencia.

Por ese motivo, se puede ligar las sensibilidades aristocráticas de Efraín a lo que postula Sommer con respecto a la cuestión de la supervivencia de las clases altas: “Alongside the sweet good-byes to Jews and to Old World aristocrats there was a danger, however; namely that they would survive. And like nobility, the Jews would produce ever more feeble and diseased offspring” (190). Sommer establece un paralelismo entre las prácticas de procreación incestuosa entre la comunidad judía y la aristocracia del Viejo Mundo que, en los dos casos, generan descendientes débiles a causa de las enfermedades hereditarias. La relación entre el judaísmo y la aristocracia es evidente cuando vemos la posición social que mantiene Efraín como hacendado y las descripciones físicas que hace de María, por ejemplo, de sus “manos aristocráticas” (77). La alusión a lo aristocrático es importante porque la exploración ha sido un privilegio casi exclusivo de la

aristocracia ya que solamente eran ellos los que tenían los recursos económicos para explorar y contratar a hombres capaces de llevar a cabo la exploración. Efraín, aunque viaja a la hacienda, se enfoca en el carácter asombroso de la naturaleza, lo cual alude a las aventuras de otros exploradores en tierras incógnitas, donde todo provocaba la maravilla.

Desde esta perspectiva, se puede argumentar que la escena de la selva representa una crítica a la aristocracia porque Efraín es un símbolo de la aristocracia que embarca en una clase de viaje al oasis que busca. En efecto, Efraín atraviesa la selva salvaje para llegar a su tesoro: María. Para una nación como Colombia que en esta época aún no tenía una identidad nacional consolidada, no se consideraba beneficioso que un hombre como Efraín, cuya descendencia sería enfermiza e incapaz de producir hombres fuertes, debido a las prácticas de matrimonio y procreación que simbolizaban el judaísmo y la aristocracia en el siglo XIX, se reprodujera ya que representaría un peso para la sociedad por no poder substanciarse por sí mismo. Por eso, Efraín no encuentra su tesoro ya que este grupo de la aristocracia y, por extensión, su masculinidad, no son beneficiosos para el proyecto nacional de Colombia.

Ahora tomando en cuenta la relación entre la exploración, la caza y la construcción de la masculinidad en el siglo XIX, el personaje de Braulio y la escena de la caza del tigre llegan a representar la masculinidad viril ideal para la nación. En la escena de la caza, aunque es Efraín quien acaba matando a la bestia, Braulio es el que toma una posición activa en la caza y, por ende, representa el ideal masculino. En este contexto, es importante notar la diferencia social entre los dos hombres. Mientras Braulio es pobre y mestizo, como Lorenzo y Laureán (aunque son de ascendencia africana), también es productivo y poco a poco asciende a la clase media, a diferencia de Efraín, quien representa la vieja aristocracia cuyos métodos de trabajo, como la dependencia de la mano de obra de otros, ya no son deseables para el proyecto nacional capitalista. En efecto, el capitalismo moderno, como mencionan Connell y Max Weber, se funda en las clases bajas. De hecho, según Weber, es la clase media baja, no la clase aristocrática, el grupo que encarna mejor el espíritu capitalista: “[A]t the beginning of modern times it was by no means the capitalistic entrepreneurs of the commercial aristocracy, who were either the sole or the predominant bearers of the attitude we have called the spirit of

capitalism. It was much more the rising strata of the lower industrial middle class” (65). Desde la perspectiva de Weber, el capitalismo del siglo XIX se centró más en las actitudes de la clase media o las clases en ascenso. Sin embargo, si aplicamos esta lógica a *María*, Efraín y su familia no forman parte de las clases bajas que fomentaban el entorno capitalista en el proceso de desarrollo en Colombia, a diferencia de Braulio. No obstante, la caza es un deporte tradicionalmente asociado con la aristocracia ya que se necesitan tierras y armamento para poder cazar, algo que la población común no necesariamente tendría a su disposición. Por eso, la caza representa no sólo un símbolo de la masculinidad sino también del poder aristocrático. Como vemos en la escena de la canoa con Lorenzo y Laureán, donde ellos se encargan de la navegación, la caza saca a luz la dinámica entre Efraín y Braulio. Braulio, a través de sus esfuerzos, crea la situación adecuada para que Efraín pueda dar el tiro mortal al tigre sin hacer ningún esfuerzo por su parte.

En este contexto, es necesario identificar quiénes son los participantes activos y pasivos en la caza. En la caza, Braulio es el quien lidera a los cazadores, convirtiéndose en un cazador activo a pesar de su situación socioeconómica. En la descripción que da el narrador, Braulio es el personaje más importante en la escena porque hace el trabajo duro de buscar la presa: “Zafóse [Braulio] de los hombros la escopeta; la apoyó en el pecho como para disparar sobre las peñas que teníamos a la espalda; se inclinó ligeramente hacia delante, firme y tranquilo, y dio fuego” (115). Aquí, se ve la fuerza de Braulio y su carácter masculino por ser bravo, capaz de arriesgar su vida y mantenerse racional y compuesto frente a su presa. Además, la compostura del hombre frente la presa determina un valor que lo hace atractivo en el sentido capitalista de Weber, donde el hombre no debe dejarse dominar por las emociones y también en un sentido más físico, ya que Braulio demuestra su fortaleza delante de una bestia capaz de matarlo. Braulio corresponde a la imagen del hombre cazador que se aventura a cazar a un animal silvestre como prueba de su masculinidad (Connell 235, Peluffo 39).

Sin embargo, aunque Braulio se encarga de hacer todo el trabajo de rastrear la presa y controla tácticamente a los cazadores, es Efraín quien disfruta de los frutos del trabajo de Braulio por ser el quien mata al tigre al final. Después de que Braulio le hiere al tigre, el animal se le presenta y Efraín dice: “Entonces la feria nos dio frente.

Sólo mi escopeta estaba disponible: disparé: y el tigre se sentó sobre la cola, tambaleó y cayó” (118). En efecto, Efraín no hace nada hasta que se le presenta la bestia frente a frente, permitiéndole que dé el tiro mortal. Efraín se convierte en una forma de masculinidad pasiva porque, como un aristócrata, no ha contribuido sustancialmente a la caza ya que deja que la presa se acerque a él mientras que Braulio y los otros hombres hacen el trabajo duro. Se convierte en un parásito que se beneficia de las labores de la clase trabajadora. De esta manera, la aristocracia se muestra incompatible con la nueva nación colombiana porque vive de las rentas de sus tierras y el trabajo de sus labradores sin ensuciarse nunca las manos. No es coherente que la nueva nación continúe con el sistema aristocrático tradicional después de la independencia de Colombia, un movimiento motivado por una oposición al poder monárquico que había mantenido el continuo poder de la aristocracia. En este caso, Braulio se convierte en el ejemplo preferible de la masculinidad porque exhibe la valentía necesaria para cazar animales salvajes como los tigres, afianzando así acertar su posición como representante de la masculinidad activa ya que aporta las cualidades necesarias del nuevo modelo capitalista de la masculinidad que favorece al hombre que puede mantenerse a sí mismo y tomar la acción en sus propias manos. A través de estas habilidades, Braulio representa la masculinidad adecuada para el desarrollo de la nación y, al final, consigue tener un hijo con Tránsito mientras que Efraín se queda sin la opción de reproducir en aras de la nación. Braulio y Tránsito consiguen un matrimonio fructífero por el carácter emprendedor de Braulio y Tránsito, Tránsito simbolizando más la cualidad mestiza católica. Mientras que Efraín y María representa el sistema aristocrático que se asemeja a las prácticas matrimoniales judaicas que mantenían un orden que se reproducía para mantener el poder generacional. Al final, María simboliza el vientre aristocrático al ser étnicamente judía, mientras que Efraín representa literalmente el antiguo régimen en decadencia.

CONCLUSIÓN

Un componente importante para la independencia de los países latinoamericanos era el desarrollo de una identidad nacional propia. Para lograr este proyecto, muchos estados latinoamericanos emplearon la literatura como herramienta para promover los ideales dominantes del nuevo ciudadano. Esto lo podemos ver, por ejemplo, en obras

como *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana, en el caso de Chile, y *Sab* de Gertrudis Gómez de Avellaneda, en Cuba, en donde los autores postularon el ideal masculino-ciudadano en sus obras a través de los personajes de Martín Rivas y Sab. En el caso de Colombia, Jorge Isaacs participó en la construcción de la nación colombiana y, por extensión, el carácter de sus habitantes, en su novela *María*. Para crear el nuevo sujeto nacional, Isaacs se empeña en establecer una nacionalidad basada en el cristianismo y el hombre activo capitalista. Debido a las corrientes dominantes del siglo XIX, la lógica de la época establecía el cristianismo como el motor, no sólo del desarrollo de las nuevas naciones, sino también de la construcción del hombre ideal para la nación. Isaacs, consciente del papel que jugó el cristianismo en el desarrollo de las potencias occidentales, presenta el cristianismo como la base fundamental de la nación, inclinándose a imitar los métodos de los países occidentales que dominaban el mundo durante esa época. En este contexto, el hombre cristiano hipermasculino llega a conformar el arquetipo ideal de la masculinidad latinoamericana.

En *María*, se construye este ideal a través de las diferencias entre Braulio y Efraín: mientras que Braulio representa el hombre activo por su habilidad cazadora y su espíritu capitalista, Efraín se muestra incapaz de controlar la vela de caza, permitiéndole a Braulio que usurpe su título como representante de la masculinidad activa. A raíz de esta usurpación, Efraín exhibe las sensibilidades aristócratas que explotan los recursos de la clase media sin producir. Además, Braulio representa la masculinidad ideal por ser cristiano. A diferencia de María y Efraín, Braulio y su mujer, Tránsito, no tienen la “mancha” de un pasado judío que, más allá de la cuestión religiosa, simboliza la aristocracia. Según el darwinismo social dominante de la época, solamente la “raza” cristiana era apta para reproducirse en beneficio de la nación, siendo ésta la razón del fracaso de Efraín y su familia. Para un país como Colombia, que en esta época se caracterizaba por su ciudadanía pequeña, era absolutamente necesario promover la procreación de los ciudadanos que iban a fortalecer la nación en el proceso de desarrollo. En este contexto, *María* se convierte en una alegoría cristiana que demuestra la desgracia que experimentaría la nación si se reprodujeran sus elementos “degenerados.” En efecto, esta ideología se basaba en la cualidad de las masculinidades de las que disponía el país. Para los países latinoamericanos decimonónicos que no tenían una identidad nacional fija, como Colombia, era importante

distinguir entre los ciudadanos adecuados y no adecuados para formar parte de la masculinidad nacional. Para crear una nación fuerte y productiva, se requería de una masculinidad belicosa, brava y fuerte que no sólo podía defenderse, sino también defender a la nación. Las masculinidades que se consideraban “afeminadas,” como las de los letrados y los aristócratas, no eran apropiadas porque no exhibían la fortaleza asociada con la masculinidad belicosa (aunque irónicamente es a través de la literatura que las masculinidades decimonónicas eran propagadas). Al final, en *María* se presentan dos tipos de masculinidad: Efraín, el aristócrata letrado de linaje enfermizo, y Braulio, el trabajador mestizo y cristiano capaz de enfrentarse a una bestia feroz, aunque no sea él quien al final mata a la bestia. Es el trabajo duro que hace Braulio para llegar al punto en el que Efraín pueda matar al tigre lo que hace que él represente la masculinidad activa y deseada para la nación. Entre los dos, sólo Braulio consigue tener hijos por la cualidad de hombre que presenta, mientras que Efraín termina castrado por su linaje aristocrático y su incapacidad no sólo de procrear sino también de proveer.

Notes

1. Conservador en el sentido de tener tendencias políticas derechistas.
2. MASONES LIBRES, o *Freemasons* en inglés, era una organización política que tenía el propósito de secularizar a América Latina. Estaban claramente en contra de la Iglesia católica.

Obras citadas

- Álvarez Castro, Luis, y Denise DuPont, editores. *Perfiles del heroísmo en la literatura hispánica de entresiglos (XIX-XX)*. Verdellés, 2013.
- Connell, Raewyn. *Masculinities*. University of California Press, 1995.
- Elkin, Judith Laikin. *The Jews of Latin America*. Holmes & Meier, 1998.
- Faverón Patriau, Gustavo. “Judaísmo y desarraigo en *María* de Jorge Isaacs.” *Iberoamericana*, vol. 70, no. 207, 2004, pp. 341-357.
- Fernández, Teodosio. “Paisajes para el romanticismo hispanoamericano.” *Geografía y paisaje en la literatura hispanoamericana y española*, editado por Jorge Olcina y Eva Valero. Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2016, pp. 99-114.

- Fernández Bravo, Álvaro. "Masculinidades coleccionistas: Políticas del cuerpo en la frontera, Argentina y Brasil, c. 1880." *Entre hombres: Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, editado por Ana Peluffo y Ignacio M. Sánchez Prado, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2010, pp. 59-86.
- González Stephan, Beatriz. "Héroes nacionales, estado viril y sensibilidades homoeróticas." *Entre hombres: Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, editado por Ana Peluffo y Ignacio M. Sánchez Prado, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2010, pp. 87-108.
- McGrady, Donald. *Jorge Isaacs*. Twayne Publishers Inc., 1972.
- Nouzeilles, Gabriela. "El retorno de lo primitivo: Aventura y masculinidad." *Entre hombres: Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, editado por Ana Peluffo y Ignacio M. Sánchez Prado, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2010, pp. 87-108.
- Peluffo, Ana. "De la paternidad republicana y la fetichización de la infancia en José Martí." *Entre hombres: Masculinidades del siglo XIX en América Latina*, editado por Ana Peluffo y Ignacio M. Sánchez Prado, Iberoamericana Editorial Vervuert, 2010, pp. 289-310.
- Ruiz, Teofilo F., María Barragán y Pablo Giménez. *Historia social de España, 1400-1600*. Crítica, 2002.
- Said, Edward. *Orientalism*. Vintage Books, 1979.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. University of California Press, 1991.
- Weber, Max. *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*. Dover Publications, 2003.